



Hugo Rodríguez-Alcalá



Viaje en la oscuridad

Josephine Heinrich puso en marcha el *Buick* y se alejó de la casa en que había vivido dieciocho largos años. Sentía una opresión en la garganta, una especie de náusea. La tarde de otoño era fría; la llovizna, tenaz en las últimas semanas, aunque apenas visible, le humedecía la cara. Oprimió el botón eléctrico; el cristal de la portezuela subió con débil zumbido.

-Esto funciona bien -pensó.- Lo que no funciona es lo otro...-

Decidió entonces, ahora que veía las cosas claras, tomar la carretera del Este, cruzar la montaña y ver si durante el camino se atrevía a pedir asilo a sus primas, en la pequeña ciudad famosa por sus manzanas.

Trató de evocar con calma la escena de la víspera; pero no bien recordó las palabras de Kirk y revió su cara roja de ira en que los ojos parecían más azules, intolerablemente azules, advirtió que el llanto no le permitiría conducir, que debería detener el coche y

llorar, una vez más, su humillación, su impotencia. Entre tanto había llegado a la carretera del Este. Notó que el velocímetro marcaba noventa millas por hora.

-Debo serenarme -se dijo. A ambos lados de la carretera millares de oscuros coníferos se erguían como para hundir sus [58] puntas en las nubes bajas que iban amortajando la montaña. El *Buick* descendía una ladera con velocidad prohibida. Josephine no se preocupó en aminorarla; pronto debería subir por otra ladera, en que la ancha banda del camino se hacía bien visible con sus rayas amarillas pintadas sobre el cemento; el coche iba en la ascensión a cumplir con los reglamentos por sí solo.

-Yo tengo mis cosas, no las niego; a lo menos reflexiono sobre mis defectos y trato de mejorarme. Él no. Él siempre satisfecho con lo que es. Su egoísmo le parece una forma de originalidad. Todo se supedita a lo que él quiere, a lo que él prefiere. Nunca me gustaron las armas de fuego; y la sangre, aunque fuese de un pájaro, me hacía daño. Pero él decidió que yo debía acompañarlo en sus cacerías. No hubo manera de resistir; tuve que ir con él siempre y tuve que ser cazadora. En casi veinte años hice lo que él quiso; jamás me regaló una joya, un anillo, un collar, sabiendo lo que me gustan. Pero él, sí, se ha regalado armas de lujo, rifles y escopetas que valen más que todos los muebles de la casa. El sótano parece un arsenal; nuestra sala, en cambio, no tiene una alfombra decente y nuestra cocina es la única del barrio sin lavadora de platos.

Un venado cruzó la carretera a unos cien metros de distancia. Pensó que era una pieza espléndida, que con el rifle 30-30 lo hubiera volteado del primer disparo: el sol le daba tan bien sobre el flanco derecho. Se dio cuenta entonces de que estaba pensando como Kirk; que de haber abatido aquel venado, ahora desaparecido entre los pinos, hubiese empleado las mismas palabras de Kirk para narrar el incidente:

-Era un animal hermoso que salió de entre los pinos para ponérseme de blanco; yo llevaba el 30-30 con el seguro puesto; apunté con tranquilidad y... [59]

-Hablaré con Alice; creo que ella ha adivinado ya algo aunque siempre me menciona como a la mujer feliz de la familia.

A las cinco y media cruzó el segundo paso de la montaña y calculó que en una hora más llegaría a casa de sus primas. Aminoró la marcha al aproximarse a una curva cerrada; leyó un gran letrero que decía *Sharp curve* y otro, a pocos metros, que anunciaba: *Deer crossing*.

-Venados -se dijo- Es la estación. El sábado debíamos ir hacia Blair Park con los Connor y los King.

A lo lejos, apenas el camino volvió a ser recto, divisó un automóvil detenido. Por la marca, el modelo y el color le pareció ser el coche de Kirk. El hombre, con una linterna de luz roja en la mano derecha hacía señas al borde de la carretera. El paraje era solitario; la ciudad más próxima estaba a cuarenta millas.

La fugitiva se dijo que no debía detenerse sino pasar de largo como si nada viese; el hombre, como anticipando su pensamiento, se plantó en medio de la carretera y agitó los brazos con desesperación.

-Algo grave pasa; acaso un accidente con heridos -pensó.

El *Buick* se detuvo a pocos metros del desconocido. Este, sin moverse de su lugar, le hizo señas a Josephine de que avanzara hacia la derecha y estacionara el vehículo detrás del *Ford Galaxie*; se decidió a obedecer en un instante en que miedo y fatalismo la dominaron. Era tarde para retroceder (le pareció). Había una escapada: oprimir a fondo el acelerador, pasar sobre el extraño; ella no podía hacer eso; Kirk, sí; ella nunca. El *Galaxie* era idéntico al [60] de Kirk, color, modelo, año. El *Buick* desvió hacia la derecha y Josephine lo detuvo a tres yardas del vehículo aquél tan familiar; pero no apagó el motor. El hombre, arropado en pesada chaqueta de caza y calzando botas de caña marrón se le acercó:

-Señora -le decía- necesito su ayuda. Por favor, apague el motor y véngase a mi coche.

Apenas ella abrió la portezuela notó que el extraño le apuntaba con una pistola 45.

-Las llaves del auto, pronto.

Josephine se las dio.

El hombre le ordenó que saliera del coche, que bajara enseguida. Cuando estuvo fuera, el cañón de la pistola, frío, le atornilló la sien derecha, y el desconocido le anunció que iba a continuar un viaje en la valijera del *Galaxie*.

¿Querrá asfixiarme aquí? -pensó, y un sudor helado le reverberó por todo el cuerpo. La oscuridad ya era absoluta. Agazapada, le dolían las piernas dobladas sobre la rueda de auxilio. No podía apoyarse sobre los codos porque la cabeza la tenía contra la puerta duramente cerrada. Movié las manos. Con la derecha tocó un bulto cuadrangular que resultó ser una caja de cartuchos de escopeta. La mano izquierda identificó una linterna. Trató de encenderla, pero no funcionaba. Había aire ahí dentro; bastante aire todavía. El automóvil debía de ir a gran velocidad. Subía y bajaba por las colinas y daba curvas bruscas. En una de ellas, Josephine fue lanzada contra la pared opuesta a la de la rueda de auxilio y su [61] cabeza dio contra unos cables. Fue entonces cuando, para recuperar su postura anterior, tendió las manos hacia la pared y, al hacerlo, tocó un hierro frío. Era el revólver calibre 22, de Kirk. Lo asió con las dos manos. Le dolía el golpe en la cabeza pero no importaba.

Quiso saber si estaba cargado y lo sacudió en el aire oscuro para oír, si era posible, el ruido de las balas dentro del tambor. Pero, no pudo oír nada entonces decidió abrirlo y con movimientos rápidos y seguros logró que el tambor saliera de frente al cañón. Estaba descargado. Recordó que su marido nunca llevaría en la valijera o en cualquier parte del auto un arma cargada. La ley lo prohibía y Kirk respetaba estas cosas. Él era así, metódico en todo. Jamás olvidaba un detalle.

-¿Pero habrá balas aquí? -se preguntó. Comenzó a hurgar entre mantas, latas de cerveza, herramientas. Algo le dolía en la rodilla. Llevó hacía allí la mano derecha. Creyó que era la cabeza de un martillo. Era una cajita de dos pulgadas de largo. Eran cincuenta compactos proyectiles largos calibre 22.

-¿Tendré tiempo de cargar esto? Dijo que íbamos a una cabaña. Con la mirada me anunció para qué. ¿Estaremos lejos de esa cabaña? ¿Será hacia el rumbo de Spokane? ¡Ya pude poner una bala! A ver otra. Ya...

En eso el automóvil debió de haber salido de la carretera y tomado un camino de tierra porque empezaron los barquinazos y la marcha aminoró considerablemente.

Sintió un extraño mareo y náuseas cercanas al vómito. Pero ya tenía el revólver cargado con seis proyectiles y ya había cerrado el tambor. [62]

-Kirk... Esta es la primera vez que voy sin ti por la montaña.- El automóvil se detuvo y enseguida se dejó de oír el motor. Con gran esfuerzo Josephine dirigió el busto hacia la cerradura de la puerta de la valijera. Y era tiempo porque la llave entraba en el ojo de la cerradura y la puerta ya iba a abrirse. Y se abrió con rapidez, empujada por el resorte. Vio entonces la figura del hombre y oyó su voz áspera:

-Come out now, quick!

Disparó tres veces y se inmovilizó unos segundos porque, habiéndose incorporado sobre el codo derecho, éste resbaló y el arma quedó desviada hacia el vientre del desconocido. Hizo entonces un supremo esfuerzo y disparó tres veces más hacia el pecho. Pero ya el hombre caía sin decir nada, de espaldas.

Josephine saltó a tierra. Buscó las llaves. Todas colgaban de una, la que estaba todavía en la cerradura. Cerró la valijera. Fue hacia el volante, puso en marcha el coche.

Dos horas después llegó a su casa. Kirk, en la cocina, sacaba cubos de hielo de la cubeta libre ya de escarcha.

Sin mirarla le dijo:

-Llegaste a tiempo para tu copa. Allí te espera tu martini... Lo sorbió como si fuera una copita de brandy. Y, abrazada al pecho duro del marido se echó a reír con un llanto disimulado.

-¿Qué te pasa? -le dijo él. Me estás arrugando la camisa.

Lamentó no tener allí el calibre 22, cargado.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

